

LA PESADILLA DE LAS LUCIÉRNAGAS

ANDRÉS FELIPE REZA GALVÁN

UNIVERSIDAD DEL ROSARIO  
ESCUELA DE CIENCIAS HUMANAS  
PERIODISMO Y OPINIÓN PÚBLICA  
BOGOTÁ  
2015

LA PESADILLA DE LAS LUCIÉRNAGAS

ANDRÉS FELIPE REZA GALVÁN

Trabajo de tesis para el título de periodista

Asesora  
Melba Escobar de Nogales

UNIVERSIDAD DEL ROSARIO  
ESCUELA DE CIENCIAS HUMANAS  
PERIODISMO Y OPINIÓN PÚBLICA  
BOGOTÁ  
2015

Para Soledad,  
quien me lee desde arriba.

En promedio, 49 mujeres son víctimas de violencia sexual cada día en Colombia. Muchos de los casos son en medio del conflicto o están relacionados con actores de la guerra. Generalmente, este tipo de violencia aumenta el desplazamiento entre las víctimas y sus familiares. El Gobierno Nacional ha diseñado la Unidad de Víctimas e impulsado el denominado plan de Reparación Integral, el cual consta de cinco medidas en sus dimensiones individual, colectiva, material y simbólica: restitución, rehabilitación, indemnización, medidas de satisfacción, garantías de no repetición. Sin embargo, un gran número de mujeres se quedan a la espera de ayudas que nunca llegan. Sus historias tampoco se conocen.

## La pesadilla de las luciérnagas

### I

El golpe de la cuchara de electroplata era lo único que se escuchaba en ese kiosco de tierra mojosa. Una mujer golpeaba con determinación las bolsas de hielo que tenía en un mesón de madera. Trataba de romper ese témpano embolsado para enfriar el agua de pozo recién hervida y beber, pues estaba sedienta y postrada ante el calor de un pueblo que, incluso, en sus mañanas de invierno no cedía frente a los treinta calurosos grados costeros. Su nombre era Ana y quería romper el hielo sin tener que desfondarse como las cucharas.

Su vida, recuerda, había dejado de ser una bonita aventura desde que salió muy pequeña de su natal Ciénaga de Oro porque sus padres, campesinos por herencia, habían decidido adquirir una pequeña parcela en el Urabá antioqueño; y pasó a ser una pesadilla que perduró hasta principios de 2005.

Todo empezó porque la familia Flores tuvo que alejarse de una zona que por su inconmensurable naturaleza había resultado perfecta para el refugio de grupos guerrilleros. Los uniformados empezaron a apropiarse de cultivos, ganado, suplementos para animales. De manera general, todo aquel que producía algo en el Urabá tenía que pagar una vacuna sino quería morir o ver morir, “lo que era peor” –añade Ana–, a alguno de sus familiares.

El rin de batalla se completó cuando hacendados de Córdoba y Antioquia se unieron para defender sus predios y sus bolsillos de la extorsión aduciendo la ineficiencia de las Fuerzas Armadas. Incluso, el Gobierno Nacional autorizó en 1994 la creación de las Asociaciones

Comunitarias de Vigilancia Rural (Convivir)<sup>1</sup> con las que se le dio vía libre a la creación de ejércitos de autodefensas. Civiles podían portar armas y elementos de comunicación para protegerse de la guerrilla. Ana y sus padres, quienes estaban a años luz de cualquiera de los dos bandos, quedaron inmersos en una guerra hasta el día en que decidieron regresar a las mismas postrimerías de las que salieron cuando dejaron Ciénaga de Oro.

Cuando los Flores volvieron a finales de los ochenta el pueblo había aumentado sus calles. Lo rural se había desplazado varios kilómetros desde donde ellos lo dejaron en su salida al Urabá. También estaba convertido en el típico barrio de la Costa Caribe, muy ibérico. Una plaza en el pueblo donde los burros arrimaban el comercio indígena que llegaba de Sahagún y Chinú, los quibbes de Cereté, los enceres árabes de Santa Cruz de Lórica; y los más elitista de la época, los trozos de ganado muerto venidos desde la sabana de Montería, capital de Córdoba.

La plaza demarcaba el centro del pueblo. Al norte la iglesia, a un lado la alcaldía y al otro, la casa de los criollos fundadores. Luego, una mezcla rara de señoritas y bandidas, de señores y sardinos, de comerciantes y campesinos, de malos y buenos. Su carácter de pueblo indígena se perdió con la primera calle del comercio.

La familia, despojada de los recursos para conseguir tierra, empezó de cero en el rancho de unos familiares que se dedicaban al cultivo de caña flecha. Ana creció viendo a sus tíos cultivar mientras sus mujeres los atendían y en sus ratos libres tejían una que otra pulsera con el material. Luego conoció a Adolfo Ramírez, un joven cultivador que tenía la obligación de acompañar a su madre a la iglesia, y de quien se enamoró a primera vista, según ambos relatan, cuando éste la vio por primera vez con un vestidito blanco y unas trenzas largas a la espera que el pastor llegara. Fue corto el amorío por la rapidez con la que decidieron casarse. No eran demasiado ortodoxos con la religión pero sí muy creyentes, sobretodo Ana, quien quería tener su primer hijo en un hogar bendecido.

Ana tuvo cinco hijos, cuatro mujeres y un varón. Dejó a sus padres para dedicarse a su vida marital en una vereda vecina. Desde que empezó a parir sólo tuvo tiempo para consentir a su esposo y a sus hijos. De vez en cuando a su suegra también. Los cultivos de caña flecha de Adolfo le dieron para vivir dignamente y su vocación desbocada por el evangelio le permitió volver a recuperar la tranquilidad que había perdido en el desplazamiento. Nunca olvidó a sus padres y procuraba, cada quince días, llevar a sus hijos a que se pasaran el día donde los abuelos, corriendo en el monte, cazando libélulas y atrapando iguanas. “No podía ser desagradecida con ellos, imagínese usted, yo siempre les llevaba que el bananito, el

---

<sup>1</sup> En septiembre de 1994, basados en el artículo 42 del Decreto ley 356, el Gobierno autorizó la creación de las Convivir con el fin de crear un mecanismo de participación comunitaria contra la violencia e inseguridad del campo y que trabajara conjuntamente con la Fuerza Pública.

mango. Para mí fueron quince años bien vividos. Ganábamos más del salario mínimo en una semana con la caña flecha”, recordó Ana.

## II

Pasada las once de la mañana el golpe de la cuchara fue reemplazado por el de unos gallos inquietos y encrespados que permanecían en el patio. Ana ya había roto el hielo hablando de su primer desplazamiento hasta el momento en que se enamoró. El suelo estaba salpicado con gotas de sudor agrio. Así también fueron cayendo, uno a uno como lágrima de tuerto, los recuerdos de la mujer desde el día en que, extrañamente, escuchó una voz.

De vez en cuando Ana se levantaba de la cama porque sentía que le fastidiaban las almohadas. A veces, también tenía pesadillas violentas. “Siempre he sido de mal dormir, a lo mejor, porque hubo días en las que uno temía que alguien llegara y nos hiciera algo” – recuerda de las noches en el Urabá. Para cuando eso pasaba, Ana paseaba por las habitaciones donde dormían sus hijos. Sí el insomnio era fuerte, la medida era salir a recorrer el patio y de ahí a abrir la pequeña puerta del entramado y darle vuelta a la casa desde el exterior. En más de una ocasión dice que las luciérnagas y el croar de los sapos le sirvieron para tranquilizarse y volver a la cama junto a su esposo. Sin embargo, aquella noche, al vaivén de las pesadillas, surgió una voz “que me habló de una prueba”, y añade, “lo que nunca pensé es que iba a ser con mis niñas”. La mujer guardó el secreto porque para ella era el mismo Dios quién decidió hablarle al oído.

Mediomundo era la finca vecina. Unos predios sostenibles. De gente rica. Cualquiera habría apostado que se trataba de una finca de los De León o los García de no haber sido por su cuidandero, un flaco estafalario y demasiado fachendoso. En el fondo, la vereda entera sabía que ese pedazo de tierra guardaba un misterio al igual que el fulano que la trabajaba. Como decía doña Berta, suegra de Ana, “si fuese propiedad de la gente con plata de Ciénaga, habrían contratado a los Pérez, Gómez o Ruíz, las tres familias que poblaron las trochas de esa vereda”. Ninguna de las familias mencionadas reconoció al grotesco hombrecillo, ni siquiera como primo segundo, el grupo donde entraba casi la mayoría de jovencitos alborotados con el fin de justificar los incestos en los domingos de iglesia.

La única posibilidad de que el cuidandero de Mediomundo no tuviese antecedente alguno en aquella masonería de familiares y conocidos era la de ser un desplazado de la violencia. ¿Sería del Urabá? ¿De los Llanos? ¿De la frontera con Venezuela? Se preguntaban los Ramírez Flores, la familia de Ana, los únicos desplazados que podrían comprender, entre la extrañeza de sus vecinos, la llegada del nuevo.

Miguel, el mayor de la casa, ya tenía quince años de ser libre entre los matorrales y las corrientes del río que pasaba a unas pocas hectáreas de los cultivos de caña flecha de su familia. Entre tantas tardes de ir y venir con el balón en la mano empezó a sospechar de un

raro revoleteo que el foráneo de Mediomundo tenía para con varias jovencitas de la vereda. Un día vio cómo el flacucho recorrió una trocha entera detrás de las faldas remendadas de la hija de doña Amparo, una morena que levantaba los suspiros de Miguel y su caterva de amigos.

Sin embargo, no fue de lo único que se percató el muchacho cuando se metió a Mediomundo llevado por la curiosidad y por esas piernas zungas que le permitían regatear alambres aerodinámicamente, como cuando se le escabullía a Dioni, su compadre inseparable, en el perrateo con el balón. Cuando se asomaron, los muchachos dudaron de que alguien habitara el lugar. Todo estaba cerrado e inmóvil. “Tenía cara de que no vivía nadie”, dijo Miguel antes de recordar el momento en que le pidió a su amigo, quien por miope y por varias fracturas de niño se había salvado de pagar el servicio militar, vigilara a las mujeres de su familia en su ausencia.

### III

Adolfo estaba sentado en el puesto de mando del comedor en diagonal a su esposa. Ana lo veía a él, y de frente, sólo podía ver la puerta del patio y los hilitos de pelo que le crecían a su última hija, a quien todavía alimentaba en sus piernas. Quizá por eso cuando vio la sombra del hombre saltó espantada, a punto de provocarle a la bebé un chichón en la frente. Adolfo, sin embargo, alzó la mirada e identificó que era el extraño de Mediomundo. Había llegado con un pequeño morral pidiendo posada por la noche, acusando el despido definitivo de la finca en la que hasta hace poco había servido.

Para el 2004 la iglesia evangélica tomaba fuerza en los pueblos de la Costa. En los recintos retumbaban las alabanzas y las predicas sobre la ayuda al prójimo. Ana recordó uno que otro sermón del pastor y convenció a su marido, siempre reacio, de que le permitiera reutilizar la cama de Miguel, con un par de semanas de servicio militar, para que el de Mediomundo se quedara por las horas que separaban la luna con el primer rayo de sol.

Esa noche la mujer no tuvo pesadillas, ya había sido suficiente con los melindres de su marido frente a tanta hospitalidad con el desconocido. Ella no pretendía que él entendiese lo que era ser desplazado ni mucho menos la convicción religiosa que le habían instaurado en las extensas jornadas de alabanzas, sólo sentía la necesidad: aquella voz que un par de noches atrás le había hablado de una prueba.

Las lágrimas de Ana abarrotaron su cara en ese momento, justo donde decidió romper el hielo.

La cama de Miguel dejó de ser de Miguel. El de Mediomundo dejó de ser un foráneo y se convirtió en habitante de la casa. Hasta engordó y se remendó los pelos del candado. Ana y su marido se dejaron convencer por la sarta de detalles inesperados de Gustavo Martínez

Díaz. Iba y venía en su motocicleta hasta el centro de Ciénaga de Oro y sorprendía con un bulto de plátanos, papa, ñame y carne. A veces también llegaba con una olla de peto caliente, recién montada en la bicicleta de su repartidor. Y sobre todo, siempre estaba atento a las necesidades de las niñas de Ana, ya fuese para dejarlas en el colegio o llevarlas a que le remendaran los vestidos y les pulieran los zapatos de charol. La noche de hospitalidad desencadenó el arraigo permanente del hombre.

Pasó un tiempo para que los motivos del enraizamiento de Martínez se conocieran. Casi un año después, cuando el tiempo de servicio de Miguel terminó y regresó, más hombre y temerario, enfrentó con un “mamá, ¿qué pasa?” lo que Ana no supo responder.

Dionisio Gómez había utilizado su tiempo libre para vigilar a los Ramírez por petición de Miguel, su “hermano del alma” y compañero de dominó, a quien le gorreaba ron en las corralejas de Ciénaga de Oro. Durante un año Dioni visitó constantemente la casa de su amigo.

#### IV

Eran los primeros días del 2005. Miguel regresó del Ejército. Entró a su cuarto y vio que de sus cosas sólo quedaban un par de postales del Junior de Barranquilla, el cuadro del Corazón de Jesús que estaba colgado en la cabecera de la cama y la mochila que se había traído desde Tuchín, la tierra de su abuela, y que dejó guindada en un clavo detrás del armatoste de puerta que tenía su cuarto. De la zapatera desempolvó las sandalias andrajosas con la que salía a cazar iguanas para sacarle los huevos y venderlas en las tiendas. Se quitó las botas y salió como alma que lleva el diablo a la cocina, sin dejar de pisotear una bolsa de harapos que Martínez Díaz había dejado entre la cama y la puerta. Cuando llegó a la cocina llamó a su madre y cuestionó el arraigo del de Mediomundo, acusando la negligencia de Ana frente al comportamiento del extraño. Por boca de Dionisio había recibido evidencia de la persecución que el hombre sostenía para con sus hermanas.

De las cuatro hijas de Ana, la segunda de doce años era la encargada de hacer los mandados y el mercado diario de la casa. Casi siempre iba a las nueve de la mañana porque era la hora en que a doña Amparo le llegaban de Pijiguayal, un corregimiento de Ciénaga de Oro, un cargamento de panecillos de queso dulce y ahogaviejo, un polvito hecho de maíz molido y azúcar, sabroso y de nombre perfecto por la ahogazón que producía una vez se posaba en la garganta, cual leche Klim pero más menudita. Un día de tantos Jenny salió de su casa a comprar una lista que le daba la vuelta al cartón del empaque de caldo de costilla, que hacía las veces de un apuntador para fiar mercado, y con el que el tendero y el cliente llevaban registro de lo que se debía pagar una vez se vendiera la cosecha. Ni las escrituras notariadas eran más fieles que ese pedazo de cartón.

Ese día la niña olvidó aquella lista y tuvo que volver a su casa. Corrió entre atajos fangosos y trochas abiertas por el galope de los caballos con el fin de regresar pronto a la tienda, la única que ofrecía carne fresca y barata pero que se acababa en un cuarto de hora. Pese al esfuerzo, Jenny era consciente de que su retraso la obligaría a desplazarse al mismo Pijiguayal, veinte minutos a pie de La estrella, la tienda de Amparo, o conformarse con las rabadillas de la gallina. Carne para perros.

Martínez Díaz estaba con un amigo que ocasionalmente se aparecía por la región. En la casa de los Ramírez lo conocían como el de Tierralta, un municipio en el culo de Córdoba donde también, como en el Urabá, cambiaron las estrellas por destellos fulminantes. La barbarie hecha carne a punta de tiros de gracia. Casi todos víctimas y la vez victimarios. Lugar tan caliente que los cigarrillos se prendían solos.

Ambos se encontraban en la casa cuando Jenny llegó a recoger la lista de mercado. También estaba Darly de trece años, Carmen de nueve y María de dos, las otras tres hijas de los Ramírez. Martínez supo del afán y propuso llevar a la niña al mismo Pijiguayal para comprar el almuerzo, la cena y el desayuno del día siguiente. También le compraría media docena de panecillos y varias bolsitas de ahogaviejo. A Darly, por la hospitalidad con su amigo, le prometió el dulce más costoso, una panocha parecida a la famosa chepacorina que sólo se vendía en la vía que de Sucre conduce a Atlántico, un manjar de harina esponjoso inimitable por panaderos de otras regiones.

La tierra de Pijiguayal era igual de seca que el kiosco donde Berta resobaba los pitillos plásticos de la silla donde estaba sentada. Tenía los ojos aguados, incluso antes de que Ana, su nuera, rescatara del olvido el siniestro del que Jenny fue víctima en el 2004 cuando la lista de enceres se perdió entre un lote baldío del caserío de Cantagallo.

–El día en que mi hijo llegó, la senté a ella –apunta a la víctima con desdén– y le pregunté que si qué era lo que estaba pasando. Me dijo: mami, yo te voy a ser sincera, fulano de tal, que vino aquí con fulano de tal de Tierralta me tienen amenazada, que si te digo algo te matan a ti y matan a mi hermanita.

Martínez parqueó su motocicleta debajo de unos palos de mango y obligó a Jenny a bajarse. Luego abrió un hueco en una cerca de alambre de púas y matas de limón para entrar al matorral de una vieja cantina del caserío y abusar de la menor. El de Tierralta sirvió de perro guardián.

Nombres y fechas recordadas con precisión como quienes recuerdan su cumpleaños y fechas queridas, esta vez no por queridas sino por odiadas. Las mujeres de esa casa recuerdan el día exacto del hecho. La víctima, atacada por la precocidad del recuerdo, huyó de inmediato hacía el pasillo de cuatro metros que conduce a la salida de la casa.

Para aquellos días la cosecha de caña flecha estaba a punto de ser recogida. Ana y Adolfo salían con termos de agua y pedazos de yuca con suero en recipientes de electroplata para aguantar la jornada matutina. Casi siempre volvían pasada las doce del mediodía. Para la hora, Jenny llegaba con el de Mediomundo con el mercado en las manos. Ese día no quiso ayudar con el almuerzo. Tampoco guindó la ropa que su abuela lavó en la mañana. Mucho menos se sentó en el muro de la terraza a comer pan y Kola Román de media tarde. En la casa de los Ramírez la afonía colmaba cada rincón y pasillo, nunca más fue sólo Darly la del silencio eterno.

Las pesadillas de Ana tomaron dimensiones inesperadas. El pasado empezó a coagular pequeñas astillas del destino trágico de la mujer. Desde niña hizo caso omiso a las reprensiones de su abuela, una indígena zenú experta en superstición y en tejer sombreros vueltiao con caña flecha, que le había enseñado el antídoto contra los sueños inquietos y las pesadillas. Para la matrona la mejor forma de hacerle frente a estos mundos quiméricos era narrarlos al día siguiente, evitando que habitaran en la memoria. Tarde fue cuando Ana entendió el consejo airado de la abuela cada que visitaba su rancho en Tuchín.

Durante cuatro años Gustavo Martínez Díaz violó en innumerables ocasiones a la hija mayor de Ana. En ese tiempo las pesadillas nunca cesaron. Y el afán por no evocar los destellos del Urabá ni las botas de los paramilitares había hecho que la mujer callase, tal vez por miedo, a los avisos de sus sueños y al sexto sentido de las madres. Como diría su abuela, “más si se es madre cuatro veces”.

Ninguno en los Ramírez notó los abusos de Gustavo Martínez, quien para el día en que pidió hospedaje llevaba tres años amenazando a Darly de muerte de no complacer sus deseos viriles, y una vez se erradicó por completo, con la menor a su merced, extendió los abusos a Jenny desde el día del mercado en Pijiguayal hasta los últimos días de 2004.

Desde que Miguel se bajó del bus que venía desde La Guajira, en plena terminal de Ciénaga de Oro, Ana supo que algo acongojaba al muchacho. El abrazo profundo y a la vez distante pintó un reencuentro pálido que se ensanchó hasta los taburetes de la casa en donde Miguel enfrentó a sus hermanas y logró que Jenny contara lo sucedido. Para Darly fue mucho más difícil contar tres años más de abusos que su hermana, por lo que el pánico le ganó a la niña.

Ana no pudo contener el llanto una vez las niñas confesaron los hechos. Miguel, por su parte, salió disparado a prestar una moto vecina con la que casi se accidenta contra un poste de luz por el afán de ir a poner el denuncia en la estación policial de Ciénaga de Oro. “Así era la rabia que yo tenía que ni el poste me habría podido tumbar”, aseguró mientras hablábamos en un granero de Sahagún.

Mientras Miguel fue hasta el centro del pueblo, Martínez Díaz, misteriosamente informado de lo que sucedía en la casa de los Ramírez, llegó a recoger algunas cosas que tenía en la casa. También maltrató y amenazó a las mujeres que no tuvieron más remedio que esconderse en una de las habitaciones ante la ausencia de Adolfo, quien desde la madrugada se había ido para los cultivos, ignorante del trágico desenlace de ese día.

## V

El teniente Adís Gracia parecía demasiado lozano para conocerse el ochenta por ciento de bandidos de Cereté. Demasiado grato como su apellido. Para inicios del 2005, habían pasado catorce años desde que se enlistó a la Sijín. Escuto y chiquito, parecía un monicongo incapaz de capturar a nadie. Además, más que una vocación por la seguridad municipal sentía un enorme desprecio por los criminales que se le llevaron a media docena de primos. Unas cuantas capturas en El Cañito, Manguelito y El Quemao, corregimientos del municipio, le habían merecido el respeto de los más viejos en la seccional. Pero Adís tenía una misión inconclusa, una banda de paramilitares que se hacían pasar por jornaleros en pueblos circunvecinos. Unos caían porque no sabían disimular su aspecto estafalario y eran denunciados por sus propios vecinos. Otros eran capturados delinquiendo. Y lo que era más común, encontrarlos muertos en cunetas y arroyos a campo abierto. Algo bien visto por los uniformados, el sistema judicial y hasta los carcelarios que no podían con medio preso más. El problema era para los cementerios, decían algunos.

Aquel día el teniente estaba en su oficina adelantando algunos casos. Nada importante para cuando vio pasar por la ventanilla polarizada una mujer de tez morena, tirando a un marrón característico de los indígenas cordobeses. Le llamó la atención el llanto de la señora. No era el llanto común de un familiar que iba a denunciar el machetazo que su marido se había ganado por infiel. Tampoco el de una madre reclamando la liberación de su hijo, el ladrón del barrio. Los años de profesión le habían enseñado a distinguir entre una denuncia y una querrela. No era fácil que lo engañaran con lagrimones de cocodrilo. Vio el recorrido completo de la señora, desahuciada en busca de alguien con quien desahogar su pena. Salió de su oficina y se presentó. La mujer también lo hizo. Y tras una charla extraoficial, bebiendo café en el cubículo azulado de la Sijín de Cereté, el teniente Gracia volvió a oír el nombre de Gustavo Díaz Martínez alias El Cuero, a quien ella, la infortunada denunciante conocía como Gustavo Martínez Díaz, el de Mediomundo. Un paramilitar oriundo de Manguelito, un cereteano.

## VI

Ana pudo decir que los sueños pudieron más que las oraciones. Ya no era necesario dormir para sentir el zapateo de los paramilitares. Ya ni siquiera era necesario dormir, porque después de aquella denuncia en Cereté, alias El Cuero, integrante de las Autodefensas

Unidas de Colombia, dueños del Urabá, dueños de Ciénaga de Oro y de tantos otros retazos de sabana cordobesa, era el violador de sus hijas.

Para cuando Adolfo lo supo no hubo alabanza a Cristo. La catástrofe se venía venir. Miguel tomó una vieja chambeta y Adolfo corrió hasta donde su compadre Amador para que le prestara la escopeta. Ya eran las seis de la tarde de aquel trágico inicio del 2005 cuando la noticia se había regado como pan caliente. El pueblo entero pretendía la muerte del de Mediomundo, hasta que se enteraron, por el revoletado de los rumores, que era un desmovilizado de las Autodefensas. A cuentagotas quedó el deseo de venganza de aquellos pueblerinos.

“La denuncia de Miguel en Ciénaga de Oro lo que hizo fue ariscarlo”. Recriminó Ana mientras recordaba, derretida entre el sudor, las lágrimas y el canto de los gallos, que ella misma tuvo que extinguirle el deseo de venganza a su marido e hijo a punta de suplicas luego de confesarles que Martínez Díaz o Díaz Martínez, “como se llamara el enmascarado”, le había dado quince días para que Carmen, su tercera hija de nueve años, la niña de la casa, la cuidadora de su hermanita de dos, se fuera con él para siempre. Él la quería para mujer. Él también la había violado.

Al día siguiente, Ana tomó la decisión de ir en busca de ayuda a Cereté. Pensándolo bien, era posible que El Cuero tuviese más de un informante en la estación de Ciénaga de Oro. Fue justo el día siguiente, tras el encuentro con el teniente Gracia, que pudo atar algunas señales inexplicables de aquel jornalero desempleado al que nunca le faltó plata para la gasolina de su moto y, mucho menos, para atiborrar la lacena con el mercado más fino de Ciénaga. La mujer recordó que Martínez siempre justificó sus detalles con dinero que había ahorrado durante el tiempo de trabajo en Mediomundo. Otras veces manifestó la sarta de favores que comerciantes orensenses le debían, por lo que se veían obligados a regalarle unas buenas libras de carne magra. Y en más de una borrachera se burló del petero del pueblo, que en sus palabras, pretendía disolver una vieja deuda a punta de peto caliente con canela. Por la información de los investigadores, estaba claro que El Cuero extorsionaba a varios mercantes del centro del pueblo.

La casa de los Ramírez parecía un velorio. Cada que los vecinos pasaban por la trocha que separaba la casa con unos cultivos de maíz, lanzaban un “qué hay” con cara de carro fúnebre, larga y sombría. Los más atrevidos no resistían la tentación de posarse en la terraza un par de minutos a ver si las niñas estaban en casa. De repente, cuando una suave brisa contoneaba los cultivos y en la lejanía se escuchaban los pistones de las motos acercarse, el temor se apoderaba de los presentes quienes huían a una zona de confort, previamente medida como para poder observar la visita inesperada. El morbo por esos días le había ganado a los tropeles de faldas entre los pobladores de aquella vereda.

En la casa también se respiraba un aire desabrido. Adolfo tuvo que encargar a un primo lejano de la recolección del cultivo de caña flecha. Las niñas dejaron de asistir al colegio y Miguel permanecía enraizado en la entrada de la casa a la espera de que El Cuero apareciera. Habiendo servido en el Ejército, el jovencito probó del odio que los militares veteranos le imprimían en la piel a todo lo que se moviese con un misil en la selva, entre ellos los paramilitares. Ana por su parte, tuvo la valentía, como pocas en esas planicies sumidas en la impunidad de seguir adelante con la denuncia, a tan solo unos días de que se hiciera efectivo el plazo de entrega de Carmen, quien espantada vivía encerrada junto a su abuela. “Le iba a demostrar que una basura como yo lo iba a meter a la cárcel. Que si nadie había podido, yo sí lo iba a hacer. Por eso me fui a Cereté, porque en Ciénaga de Oro él era intocable”, recordó la mujer.

## VII

Ana se soba las piernas como quien se frota una pomada helada. A sus escasos cuarenta años los callos le suben dos centímetros por encima de los tobillos y casi se juntan con las varices que trepan, sin intermitencia, hasta la corva. Desde pequeña acostumbró a sus pies a caminar sigilosos entre las adversidades. Modesta hasta para secarse las lágrimas, relata cómo las varices estuvieron a punto de estallar aquel día en que caminó junto a Jenny y Carmen por más de una hora zigzagueando recovecos del pueblo para llegar a la bomba de gasolina donde paraban los buses que venían de Sahagún rumbo a Cereté. Cuando llegaron, la decena de personas que esperaban el bus cabeza verde, un armatoste verdoso y oxidado que hacía el ruido de veinte tractores cada que frenaba en el pavimento a medio poner, le generaron a Ana un temor psicótico frente a las amenazas de El Cuero. Justo en ese instante la mujer decidió seguir derecho y cruzar la calzada hacía el oriente del departamento y así desplazarse hasta Sahagún con la única intención de despistar. “En vez de salir derecho a Cereté, iba hasta Sahagún, volvía a pasar por Ciénaga y de ahí, rumbo a Cereté”.

Una corazonada que jamás había sentido tenía excitado al teniente Adís. Estaba cansado de investigar casos de medio pelo que nunca prosperaban. “Ya es hora de capturar a ese hijueputa”, decía animado en plena sede de la Sijín de Cereté. Él mismo acompañó a Ana y sus hijas a Medicina Legal para que se les hicieran pruebas y se pudiera testificar las violaciones. Extrañado quedó cuando conoció a las niñas. Dulces a pesar de los pesares. Un poco acongojadas, pero a la vez valientes al exponerse al escrutinio médico.

Darly nunca fue capaz de hacerle cara a la denuncia. Durante dos días permaneció encerrada en la habitación. Plenamente desaliñada desquició ante la cantaleta de Miguel frente a la falta de apetito y escapó. Por más de cinco horas desapareció, acusando la necesidad de tirarle piedrecillas al río desde un malecón que descubrió con Marisela, su amiga de siempre. Sin embargo, la tormenta en la que estaba sumida los Ramírez siguió abriéndose campo entre los taburetes donde discutían el destino de la familia. Era hora de

partir de ese retazo de tierra para evitar que los quince días culminaran con una tragedia. Ana dio el sí para mudarse a una pequeña habitación que un viejo amigo de la familia les ofreció en El Corozito, un caserío de Sahagún. Aparentemente era un lugar propicio, ubicado en un viejo edificio que hacía las veces de arrimadero para buseteros. Rodeado de una bomba de gasolina, un restaurante de corrientazo, un granero de enceres, un baño meado por conductores borrachos y un burdel de putas baratas. Por esas paradojas de la vida, un lugar de mala muerte que sólo habría de servirle a un prófugo de la justicia o a los Ramírez.

Un carro de plaza, destartalado y mugroso, recogió a la familia a las seis de la tarde del día en que la orden de captura contra El Cuero se hizo oficial. Todos tenían las maletas listas menos Doña Berta, la madre de Adolfo, de mirada grisácea y una tristeza roñosa que los años y la pérdida de familiares agujaron. Ella no abandonaría el patrimonio de su marido fallecido. Había acordado seguir enfrente de la casa aunque fuese para no dejarla caer.

Darly, o lo que quedaba de ella, desolada había probado un destino demasiado trágico para su edad. Con el tiempo, decidió convertir los abusos en automatismos que terminó aceptando. Y el exceso de resignación se confundió con un amor enfermizo. Un parasitismo. Para cuando Miguel fue a sacarla de su habitación, la niña se resistió a irse de la casa. “La tenía dominada”, contó Ana llorosa y embestida por el recuerdo de la separación. Y mientras el carro de plaza esperaba y los grillos entonaban los primeros cantos vespertinos, la niña confesó, en un tajo directo al corazón, que estaba embarazada del de Mediomundo.

Los Ramírez montaron sus corotos y se fueron de la vereda. Para Ana, un segundo desplazamiento aún peor. Perdía a una hija mientras intentaba recuperar lo que quedaba de las otras. Adolfo rompió en un llanto profundo mientras golpeaba los hierros oxidados de aquel carro de plaza. Llegaron para dormir, en aquella habitación desbaratada, la peor noche de sus vidas.

## VIII

Darly no podía evitar mirarse con lastima cada que se veía al espejo para arreglarse las trenzas y probarse los vestidos. El único consuelo residía en tocarse el ombligo y soñar con la pequeña criatura que llevaba en su vientre. En tanto tiempo libre había aprendido a tejer babuchas y bordar el nombre en las telas que Marisela y Aura le compraban cuando salían de la academia de belleza. Luego se sentaban en la terraza a ver morir la tarde mientras volvían, casi como un hábito, a la lista de nombres para el bebé. El día que querían cambiar, Darly las ayudaba, devolviendo el favor, a escoger el nombre de la peluquería con la que soñaban una vez terminaran el curso. Antes tenían que trabajar a domicilio para darle al ahijado todos los regalos que su padre no le daría. Pensaban a escondidas las únicas amigas que veían con menos lástima a Darly.

Doña Berta sabía que Marisela y Aura complacían la vulnerabilidad de Darly. Sin embargo, por más que ellas sirvieran de puente entre El Cuero y su nieta, no podía darse el lujo de prohibirle la visita de las únicas dos personas que no se alejaron de la casa.

De vez en cuando Ana se comunicaba con la casa de su suegra para saber de su hija. Desconsolada quedaba en aquel teléfono que le prestaban en el granero vecino. Intentó por todos los medios de convencer a la niña de volver con ellos. Sin embargo, nada dio resultados hasta aquel día en que notó el entusiasmo que tenía Darly de volver a estudiar. Las caras de sus amigas cuando le contaban sobre manicure y tintes de cabello, le habían despertado una curiosidad por aprender. Como más sabe el diablo por viejo que por diablo, decía Ana, aprovechó el cuento para proponerle a Darly que volviera con ellos, que en Sahagún había una academia donde podía estudiar. La misma Ana reconoció aquellos días en los que “la situación no estaba bien, menos para pagar un curso de peluquería. Pero donde comen dos comen tres”. Ya los tiempos de la caña flecha se habían reducido al rebusque cuando Adolfo empezó a vender las artesanías que hacía la familia de su esposa. Generalmente se ubicaba en el centro de Ciénaga de Oro en un puestico de venta en donde exhibía pulseras, aretes, sombreros y llaveros. Unos días mejores que otro, pero peor era nada.

Los ires y venires de El Cuero revolvían a Darly, quien cansada de una barriga que no eligió, decidió llamarlo a escondidas y amenazarlo con irse de su vida para siempre. Pelearon como los novios que nunca fueron. Martínez jamás había perdido una batalla y no iba a resignarse a perder la única chance que tenía de vengarse de la familia. Él mismo prometió llevar a Darly a Sahagún y dejarla en frente del escondite de sus padres. Quería burlarse del moridero donde vivían.

Los disparos que se lanzaron no cabían por el teléfono. Tampoco las palabras que arrebatadas iban y venían informando sobre paraderos, fechas y acciones. La inocencia de Darly fue un arma de doble filo para El Cuero, quién cayó redondo a los retos que él mismo, en su imperioso ego de macho, desató cuando le dijo que se encontraba en Tierralta junto con una recua de paramilitares. También le advirtió que en dos días volvería para llevarla, como cuando se perdían por horas de camino al colegio. Como cuando la obligaba a meterse a los estaderos a que le chupara la verga “y lo justificaba como un acto de amor”, confesó la mujer luego de perder el pudor frente a diez años asistiendo a entrevistas de la Unidad de Víctimas. “Y eso que no ha servido para un carajo”, agregó Ana molesta frente a las pocas ayudas que han recibido del Gobierno y los costos en tiempo y dinero para asistir a dichas entrevistas.

## IX

José recibió la llamada de su amigo Adís Gracia un viernes por la tarde. Tenía años de no beberse una cerveza con su colega cereteano. La última vez que se vieron, recuerda José,

fue un día en que se encontraron en la bomba del Sagüi, lo primero que se ve, junto al CAI de la Policía, cuando se entra a Cereté por la vía que llega desde Montería. Ambos tanqueaban los carros en la estación. José esperaba llegar ese mismo día a Sahagún pero el encuentro con Adís merecía una cerveza en El Capitolio, el chuzo donde se encuentra la ‘Costeñita’ más fría de la región. Esa vez intercambiaron teléfonos para evitarse, por cuestión de procedimientos, una enrredalapita a la hora de capturar un bandido, pasión de ambos en cada uno de sus pueblos. Como no hay plazo que no se cumpla, le dijo Adís a José el día en que lo llamó, le comentó el caso de los Ramírez y le dijo que para el domingo alias El Cuero iría a recoger a Darly para llevarla Sahagún, y no podía dejar pasar la oportunidad en su jurisdicción.

Darly reconocía el sonido vetusto que la moto de El Cuero producía cada que frenaba. Por eso cuando el paramilitar llegó a las ocho de la mañana y se posó en la callecita en frente de la verja, no salió corriendo a subirse en la moto como se lo había pedido el hombre en la llamada. Pero tampoco ella podía suponer que él, colmado de un razonable delirio de persecución, decidiera pedir prestada una motocicleta desconocida. El Cuero enloqueció al ver la tardanza de Darly. “Yo si escuché los pitidos pero no quise decirle nada, para mí hubiese sido mejor no volver a verlo”, expresó Berta, quien también recordó el golpe que le dio a la puerta antes de llevarse a su nieta.

Eso fue lo último que se vio del violador antes de ser capturado en El Corozito por el DAS de Sahagún, a pocas cuerdas del meadero donde vivían los Ramírez.

Apremiada por un sentimiento de culpa espantoso, Darly rebotó en llanto cuando vio a su madre llegar al lugar de los hechos tras el aviso del teniente Adís sobre la captura. La niña, quien perdía la noción de las violaciones, caía en depresiones inentendibles para el desasosiego de todos. Había enfermado su corazón con un cariño inocente por el violador. Todavía soñaba con un hogar en donde atender las necesidades de su flaco estafalarío al tiempo que veía crecer su niño, correteando gallinas y pateando balón.

Esa fue la última vez que lo vio. Tras su captura fue acusado de un par de violaciones más. También fue relacionado con delitos de hurto y extorsión, así como de pertenecer a los grupos paramilitares de la sabana cordobesa. El hombre recibió dos años de cárcel por esas cosas que nadie entiende. “Cuando supe su condena, sólo me reconfortaba, con el perdón de Cristo, que en la cárcel lo violaran como violan a los demás violadores”, dijo Ana cortando el llanto en el patio de su casa.

A su salida, el de Mediomundo escapó a Venezuela. Según los rumores, estuvo detrás de la vez que quemaron aquel pueblo corrupto en el 2007. Ciénaga de Oro dejó de ser su zona de confort y huyó a la frontera donde meses después fue asesinado. Se desconocen las causas más no las consecuencias. Al menos, para los Ramírez la tranquilidad regresó. Fue un

precio demasiado alto que nunca pudo recomponerse ni por todas las veces que le han hablado de reparación.

X

Según las cifras oficiales de la Unidad de Víctimas del Gobierno Nacional, en Colombia hay 7.438.023 víctimas registradas, de las cuales 5.889.658 fueron sujeto de asistencia y reparación. La mayoría de las víctimas recibieron ayuda humanitaria como medida de asistencia<sup>2</sup>. Por su parte, la reparación a las víctimas presenta una notable desproporción, puesto que sólo 473.257 personas recibieron indemnizaciones. El Estado y la Unidad de Víctima le da prioridad a reparaciones colectivas, mientras que casos aislados como el de los Ramírez pasan a un segundo plano.

Gracias a la asesoría de la oficina de víctimas en Sahagún, Ana fue informada del papeleo necesario para enlistarse dentro de la Unidad de Víctimas. Ella recuerda que una madrugada tuvo que salir para Barranquilla pues habían convocado una jornada de registro de víctimas en la Costa Caribe colombiana. Desde ese momento le prometieron un subsidio mensual cercano a los dos millones de pesos, según el núcleo familiar. Además, recibirían una ayuda humanitaria tres veces al año.

“De lo prometido, en diez años sólo el primero recibimos el subsidio. A partir del segundo, nos quedamos con la ayuda humanitaria. Luego, la ayuda humanitaria pasó a ser dos veces al año. En esa estamos”, explicó Ana.

La Unidad de Víctimas, a parte de la indemnización, pretende liderar acciones para contribuir la inclusión social de los afectados trabajando conjuntamente con ellos. La reparación individual también pretende la restitución de tierras, la rehabilitación, medidas de satisfacción y garantías de no repetición. Sin embargo, Adolfo y su madre tuvieron que vender los cultivos para construir la pequeña casa donde viven en un barrio que, curiosamente, ha sido un renacer para decenas de desplazados, el barrio Renacer de Sahagún, a mano izquierda de la troncal que comunica la sabana cordobesa con el resto de la Costa Caribe. Las niñas nunca recibieron ayuda psicológica ni asistencia médica. Tampoco han tenido la oportunidad de seguir sus estudios. En pocas palabras, la única reparación que recibieron fueron los pocos pesos recibidos y la garantía de no repetición tras la muerte de Martínez Díaz, cosa que el Gobierno no garantizó.

“¿Qué es la reparación?”, se preguntan Berta, Ana, Adolfo, Miguel, Darly, Jenny, Carmen y María. Son diez años desde que los abusos fueron denunciados, y un poco más de treinta

---

<sup>2</sup> La asistencia consta de: salud, educación, asistencia funeraria, alimentación, reunificación familiar y generación de ingresos. El problema es que son acciones que funcionan principalmente frente a una emergencia o crisis humanitaria. Mientras que casos particulares como el de mujeres violadas por actores del conflicto no suelen ser atendidas en esta dimensión colectiva.

desde que Ana se fue del Urabá. En todo ese tiempo, siguen esperando ver crecer la caña flecha frondosa de sus antepasados. Escuchar las luciérnagas y el croar de los sapos de la tierra donde nacieron todos sus hijos, donde Adolfo y Ana se enamoraron para enfrentar juntos astillas de un tiempo cruel. Miguel dejó a su parranda de amigos y los picaditos de fútbol a orillas del río. Berta perdió los muros que le quedaron cuando enviudó. Jenny más nunca volvió a saber de panecillos ni ahogaviejo. Tampoco quiso caminar con listas de mercado. Carmen cambió sus muñecas mientras espera, algún día, volver a confiar en los hombres. Encontrarse con uno que antes de exigirla como un objeto, sepa ganarse su confianza. María, quien estaba muy pequeña para acordarse de todo, le tocó, sin embargo, criarse con los demonios que El Cuero dejó en su familia. Criarse con las uñas por la pobreza del hogar.

Por ahora, los Ramírez siguen juntos levantando paredes. En dos habitaciones se han tenido que meter todos a ver cómo se les componen los sueños. Sala no hay pues los dos metros cuadrados están ocupados por una máquina de coser y unos retazos de tela que Ana tiene como taller de costura. En el patio, unos cuantos taburetes, las gallinas para cocinar en los próximos eventos especiales, un pozo de cemento, una vajilla de electroplata y un mesón de madera.

Darly, por su parte, dice que nunca podrá olvidar la cara del padre de su hijo apuntándole el día en que lo capturaron. “Lo que más me duele”, añade, “es que todavía es el día en que no sé qué responderle a mi hijo cuando me pregunta por su padre”.